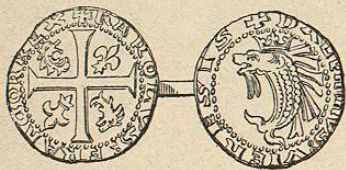


ingleses y que fijaban la tasa de sus salarios no penetraron en Francia y el regente dejó que se multiplicaran las mismas cofradías, á las que tanto temía el gobierno de Inglaterra.

En Normandía, sobre todo, mostróse Bedford señor equitativo y conciliador: respetó escrupulosamente las antiguas instituciones y las costumbres del país; hizo justicia y castigó severamente los desafueros de los soldados, y trató de olvidar y de hacer olvidar las resistencias encarnizadas que Enrique V había encontrado y vencido, particularmente en Caén y en Ruán. El regente redujo el rescate de los ruaneses y les devolvió las llaves de la ciudad y concedió á los habitantes de Caén la confirmación de sus franquicias y les otorgó una facultad de Derecho, á pesar de las protestas de la Universidad de París. Sin embargo, en la práctica los privilegios municipales fueron con frecuencia violados por



Moneda del delfín Carlos, primogénito de Francia

los capitanes ingleses, si bien parece que éstos obraron siempre en este punto contra la voluntad del regente.

Por último, dejó que se viniera abajo el sistema de colonización odioso á la población francesa que su hermano había tratado de implantar en Normandía. Enrique V se había creído bastante fuerte para dar á ciertas ciudades, como Harfleur, una población exclusivamente inglesa y para constituir en la campiña normanda un feudalismo nuevo y obediente, entregando á su nobleza la mayor parte de las tierras, y había decretado la pena de muerte contra todos los inmigrados culpables de haber repasado la Mancha sin su permiso. Esta medida atroz demuestra que los colonos ingleses se habían cansado muy pronto de su nueva residencia, de la inseguridad en que habían de vivir y de la hostilidad que lesían en todos los rostros. Bedford renunció á estos rigores inútiles, sin por ello dejar de recompensar los servicios de sus capitanes con donaciones de tierras francesas. Entonces muchos ingleses regresaron á Inglaterra, abandonando los terrenos incultos y las casas desmanteladas que habían recibido y que nadie podía pensar en reconstruir en aquel país arruinado por la guerra de guerrillas.

Bedford, pues, quería ser justo y ambicionaba, según parece, ser popular; tenía perfecta idea de la política que convenía seguir para acostumar al país conquistado á la dominación inglesa y para que ésta fuese vista con afecto; pero la tarea era superior á sus fuerzas y á su habilidad. La guerra y la necesidad de terminar la conquista le obligaban á ensanchar las heridas que tanto hacían sufrir á la Francia del Norte, asolada ya por la lucha entre armagnacs y borgoñones y por las rudas campañas de Enrique V; y las operaciones que ordenaba iban á parar inevitablemente á la devastación. Aparte de esto, los países sometidos á los ingleses eran talados por los partidarios del rey de Bourges, pues Bedford no pudo asegurar en parte alguna la seguridad de los caminos ni de las propiedades, ni jamás impedir,

aun en el corazón mismo de la Normandía, las incursiones de los capitanes de Carlos VII ni los golpes de mano de los rebeldes.

Todos los documentos concuerdan en pintarnos la miseria de la Francia inglesa: los ricos ven agotarse sus rentas; obreros, comerciantes y labriegos carecen de trabajo y viven en la indigencia; las ciudades están llenas de edificios y casas en ruinas; los campos vense invadidos por zarzas y arbustos y los labradores no se creen seguros más que en los alrededores de las plazas fuertes. En vano Bedford distribuye entre sus leales, lo mismo ingleses que franceses, «castillos, casas, hornos, molinos, estanques, bosques, heredades, tierras y señoríos;» en vano les recomienda que los restauren y los conserven; á pesar de todas las ordenanzas del mundo, los favorecidos con tales donaciones, según declaración del regente, dejan «las cosas susodichas y á ellos así dadas en gran ruina, deterioro y desolación,» derriban las casas para vender las piedras, las vigas y las maderas cortan los árboles y luego se marchan porque el campo es inhabitable.

En París, la miseria y la emigración despueblan poco á poco la ciudad; los alquileres de las casas han bajado en dos terceras partes y aun á estos precios difícilmente se encuentran inquilinos solventes: «aquellos á quienes las casas han sido alquiladas se van todos los días sin pagar nada y dejan las llaves debajo de la puerta sin despedirse de sus propietarios (1).» Millares de edificios son abandonados por sus dueños, que ya no pueden pagar las rentas hipotecarias que sobre sus fincas pesan; muchas fábricas religiosas caen en ruinas; el cabildo de Notre-Dame, cuyos bienes nada producen, ha de vender una tras otra las piezas de orfebrería de su tesoro y sólo á duras penas encuentra compradores; y el Hospital general y el de leprosos de San Lázaro no saben de dónde sacar dinero para cuidar y mantener á los pobres.

En Ruán, en las afueras, en toda la diócesis, en la Normandía entera, no se oye hablar de otra cosa que de templos desplomados ó incendiados, de conventos abandonados por los monjes, de hospitales y de malaterías en donde es imposible continuar las obras de caridad. El país de Caux hállase inculto é infestado por los lobos; y en la Baja Normandía, Pontorson es denominada en un documento de 1434 «la difunta ciudad de Pontorson.» Para definir el estado de la provincia bastará decir que se ve obligada á proveerse de trigo en Inglaterra. De aquí que muchas parroquias se encuentran sin habitantes por haber muerto de miseria unos y por haber los demás emigrado á Bretaña, á Flandes, al extranjero.

En toda Picardía, los arrabales y los alrededores de las ciudades son asolados por los merodeadores, y multitud de iglesias y de monasterios están arruinados. Los aldeanos del Beauvais y del Valois ni siquiera tienen granos bastantes para la siembra. En aquella región, la resistencia de los armagnacs, como el vizconde de Breteuil que se defendía en el castillo de Chantilly, exasperaba la crueldad de los ingleses, los cuales destruyeron el famoso monasterio de la Victoria, que recordaba

(1) Documento judicial de 1432: «Revue des Sociétés savantes,» 1863, tomo I, pág. 206.

la victoria de Felipe Augusto en Bouvines. Otra abadía célebre, Saint-Germer, se hallaba falta de todo recurso, y los monjes iban á mendigar su pan por los alrededores. Soissons, tres veces sitiada durante las luchas entre armagnacs y borgoñones, no podía reponerse de sus desastres, y en Laón el decanato de la iglesia de San Pedro permanecía vacante y las rentas estaban extinguidas.

En Champaña y en Brie, en vano se denuncian al regente las depredaciones de los soldados borgoñones y aun de los ingleses y las exacciones de los poseedores de empleos. La asamblea general de los habitantes de Troyes elige en 1423 un comité de treinta miembros, encargado de organizar el aprovisionamiento de la ciudad, que se encuentra en grave apuro. El país de Reims, al decir de sus propios habitantes, está «casi deshabitado, desierto y desolado.» Y efectivamente, en toda la Champaña hay ciudades enteras despobladas, y los cultivadores ó se han muerto de hambre ó se han marchado á Alemania. En las orillas del Yonne y del Vanne la desolación es tal que los bienes del cabildo de Sens no producen ni un dinero; en Sens, gran número de casas están vacías; los dos antiguos monasterios de Santa Colombre y San Pedro le Vif caen en ruinas, y otras muchas abadías de la Champaña y de Brie han sido abandonadas por sus monjes, que se ven reducidos á la vida errante y á la mendicidad.

En los condados inmediatos al Loira, los ingleses no pueden establecer ni siquiera una apariencia de gobierno regular, porque tienen que batirse todos los días. Para los habitantes, aquel régimen es un régimen de terror. El obispo de Chartres calcula que sólo le quedan siete libras de renta de diez mil que tenía; los beneficios de su diócesis no valen nada y nadie los quiere. Los habitantes del Maine se ven agobiados por los ingleses con toda clase de contribuciones, y por dichosos pueden darse si no tienen que sufrir á la vez las exacciones de los franceses. El priorato de Solesmes no cuenta más que con cinco monjes; el monasterio de San Calais es reducido á cenizas; en el Mans es devastada la abadía de San Pedro de la Couture, y la de San Vicente no percibe ni la décima parte de sus rentas y su iglesia es demolida.

En aquellos países que Bedford se había hecho la ilusión de pacificar y de unir para siempre á la dinastía de los Lancaster, el desorden y la miseria durarán tanto cuanto dure la dominación inglesa.

III.—Las exigencias del gobierno inglés (1)

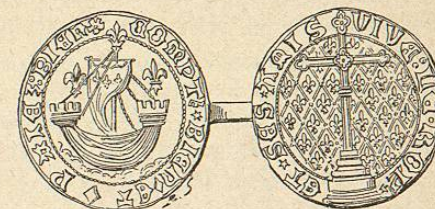
El duque de Bedford exigió dos cosas de aquel pueblo exasperado por la miseria: una fidelidad estricta y dinero.

Los armamentos, las conspiraciones y aun los testi-

(1) FUENTES.—Además de las indicadas en los párrafos I y II: Pedro Cochón, *Chronique normande*, edición. Beaurepaire, 1870. Demaison, *Une assemblée d'Etats en 1424*. «Travaux de l'Académie de Reims,» tomo LXXIII. J. Felix, *Inventaire de Pierre Surreau*, 1892.

OBRAS DE CONSULTA.—C. de Beaurepaire, *Les Etats de Normandie sous la domination anglaise*, 1859. Acerca de Bedford y el clero, estudios de Grassoreille en las «Memoires de la Société de l'Histoire de Paris,» 1882, y de Soullié en la «Revue de Champagne,» 1890.

monios de simpatía por la causa de Carlos VII fueron cruelmente castigados. Una policía secreta vigiló rigurosamente las ciudades; los viajeros eran espiados y la correspondencia interceptada. En París, Andrés Boisseau recibe en su casa á su padre anciano y casi ciego, procedente de Tours, ciudad armagnaca, y ambos son reducidos á prisión; Juan du Pre, panadero, alberga á su hermano, que viene asimismo del país armagnac, «enfermo de frío y de miseria,» y es encarcelado como culpable de no haber entregado á su hermano á la justicia; Juanita Bonfils es desterrada temporalmente por haber sostenido una correspondencia con un maestro de monedas de Carlos VII, Juan Rontier, con quien estaba en relaciones amorosas. En Troyes, la policía averigua la opinión que cada ciudadano profesa acerca



Jetón de la ciudad de París

de los ingleses, y todos los individuos sospechosos han de presentar personas que respondan de ellos. En lo posible, se exige á cada individuo un juramento: al principio de la regencia, todos los parisienses, incluso «los vaqueros y porqueros de las abadías,» hubieron de jurar «que serían buenos y leales al duque de Bedford y que harían todo el daño que pudieran á Carlos, que se decía rey de Francia,» y todos los que se negaban á prestar este juramento eran expulsados y privados de sus bienes. Asimismo fueron confiscadas las tierras y las casas abandonadas al Norte del Loira por los compañeros de Carlos VII, gracias á lo cual pudo Bedford, como había podido Enrique V, mostrarse generoso con los capitanes ingleses, con los caballeros y oficiales del duque de Borgoña y con los franceses que se habían unido á la causa inglesa.

Aquellos «franceses renegados» vieron colmados de favores, distribuyéndose prodigamente entre ellos las funciones espléndidamente pagadas. Perrinet Lelerc fue nombrado monedero de la Casa de Moneda de París, por haber abierto en otro tiempo la capital á los asesinos borgoñones. Un modesto empleado de Hacienda, Pedro Surreau, fué recaudador general en Normandía y en poco tiempo pudo reunir una gran fortuna; su palacio de Ruán estaba repleto de objetos preciosos. Los carniceros de la Gran Carnicería de París obtuvieron la confirmación de sus privilegios, hacía poco restablecidos, y uno de ellos, Juan de Saint-Yon, fué tesoroero y gobernador general de Hacienda de Enrique VI para el reino de Francia y consejero del regente. Los privilegios de los carniceros de Chartres, abolidos en otro tiempo por el delfín, fueron puestos nuevamente en vigor: parecía como que aquellas corporaciones merecieran un favor especial por la violencia de su fervor borgoñón.

Sacar dinero de un país tan miserable era cosa penosa, pero necesaria. La Cámara de los Comunes alojaba difícilmente su bolsa, pues si á las clases militares les

gustaba la continuación de una lucha que satisfacía su amor propio y su codicia, en cambio al pueblo se le daba muy poco de la gloria militar, le inquietaba y disgustaba ver á sus príncipes reinar en París y en Londres, y hacía de mala gana sacrificios en hombres y en dinero. La mayoría de los ingleses no desearon la anexión de Francia más que cuando sus ejércitos comenzaron á ser arrojados de allí, porque entonces el orgullo nacional humillado reclamaba un desquite.

Por consiguiente, Bedford para conquistar á Francia necesitaba encontrar dinero en Francia misma. El patrimonio real, arruinado por la guerra, producía escasas rentas, y en Champaña y en una porción de tierras normandas estas rentas eran nulas. El producto de la gabela era insignificante, de aquí la necesidad de recurrir á los impuestos extraordinarios, que el regente hizo votar las más de las veces por los Estados provinciales.

Los Estados de Normandía eran convocados á lo menos una vez al año, ora en una ciudad del «país de conquista», ora en París mismo. Las sesiones de los Estados en Normandía y en otras partes eran cortas y en ellas se votaba dócilmente el subsidio; raras veces las asambleas pusieron condiciones ó lograron rebajas. Las instrucciones dadas por los habitantes de Reims á los diputados que debían representarles en una reunión de Estados de Champaña y de Picardía celebrada en Amiéns en 1424, demuestran perfectamente hasta qué punto se creía poder modificar la voluntad del regente; aquellas gentes temían que los ingleses exigieran el restablecimiento de los subsidios, impuestos indirectos abolidos por Juan Sin Miedo en 1418, y en su consecuencia, el mandato que dieron á sus diputados fué que hicieran presente á los comisarios del rey, protestando, empero, de su obediencia y de su lealtad, que, según el tratado de Troyes, los súbditos del reino de Francia debían ser mantenidos en sus franquicias y antiguas libertades; que, por haber abolido los subsidios, Juan Sin Miedo se había conquistado el favor y el amor de la mayor parte del pueblo; que esta clase de impuesto era ruinosa para los súbditos sin gran provecho para el rey, y que sería preferible un impuesto directo, una talla. Consignábase además en él que, si se restablecían los subsidios, se eximiera de toda carga, por lo menos á los víveres de bajo precio, dada la miseria de las clases pobres; que una parte del impuesto se entregara á la ciudad para sus gastos, y finalmente, que la justicia de los subsidios fuese administrada con exactitud, sin gastos excesivos, «por buenas personas» que los habitantes elegirían.

Mediante unas pocas concesiones, pudo el regente conseguir que los Estados le votaran sumas considerables. Bien es verdad que en las comarcas devastadas por la guerra ó poco sometidas era con frecuencia imposible la percepción de los subsidios. De la Champaña casi nada podía obtenerse: las parroquias pertenecientes á señores borgoñones nada querían pagar; otras estaban abandonadas ó desiertas, y otras eran tan á menudo visitadas por los armagnacs, que los alguaciles del rey Enrique V no se atrevían á aventurarse en ellas. Normandía y la región parisiense soportaron casi solas el peso de aquellos impuestos extraordinarios, que allí podían ser regularmente percibidos. Los normandos fueron los que pagaron los gastos del sitio de Orleans.

A las tallas otorgadas por los Estados añádanse los subsidios percibidos con urgencia y las sumas que asambleas regionales votaban para fortificar una plaza ó situar un castillo. De suerte que Bedford recurría á los procedimientos que los reyes de Francia habían empleado desde el siglo XIV. A todo este dinero hay que agregar el producto del botín y de los rescates y las enormes contribuciones recaudadas en los países fronterizos, como el Maine, de los habitantes que se habían mantenido fieles á Carlos VII. Sin embargo, el oro así arrancado á una población diezmada y empobrecida se gastaba con economía y regularidad, pues los ingleses ponían en su contabilidad financiera el mismo orden y la misma precisión que en sus empresas militares.

El clero de Francia fué objeto de iguales seducciones, vigilancia y exigencias que la sociedad laica. Bedford hizo numerosos donativos á los conventos y á las iglesias de Ruán, y solicitó el honor de ser admitido canónigo de la catedral, y de los despojos de los armagnacs una parte importante fué para los prelados que abrazaron resueltamente la causa inglesa. Tal sucedió con Roberto Jollivet, el cual había abandonado en 1419 su abadía de Mont-Saint-Michel, enérgicamente defendida contra los ingleses por unos cuantos nobles normandos; Bedford le dió el disfrute de todas las rentas que el monasterio poseía en Normandía, y el buen apóstol, dejando que sus monjes ayunaran en la abadía sitiada, poníase en regla con su conciencia declarando que si ocupaba todos los bienes del convento era para conservárselos en toda su integridad. Los ingleses estaban tan seguros de él, que en 1424 le confiaron la dirección del sitio de Mont-Saint-Michel.

Mas no en todas partes encontraban la misma docilidad: en efecto, varios obispos y muchos párrocos habían preferido emigrar en tiempo de Enrique V antes que someterse, y otros inspiraban escasa confianza. El conquistador, algunas semanas antes de morir, había decidido que todos los beneficios del reino debían jurar la observancia del tratado de Troyes, y Bedford nombró varios comisarios encargados de recoger aquel juramento.

El regente encontró en la colación de beneficios un medio más eficaz para domar al clero. Al principio había creído que resultaría una habilidad la adopción de las doctrinas galicanas, y en una asamblea de Estados celebrada en París en 1424 declaró que quería mantener las antiguas franquicias de la Iglesia de Francia é impedir las empresas de los papas contra los decretos de los santos concilios y de los reyes; pero antes de que transcurriera un año firmaba una ordenanza por la cual las libertades galicanas quedaban sacrificadas (1). Aunque modificadas por el Parlamento de París, aquellas letras de 26 de noviembre de 1425 no dejaban al nombramiento «de los ordinarios y de los patronos» más que los beneficios que vacaran en marzo, junio, septiembre y diciembre; los demás, ó sean las dos terceras partes, quedaban abandonados al capricho del papa. No se trataba en aquellas letras de abrogar las elecciones episcopales, pero Bedford demostró muy pronto cómo entendía la libertad de las elecciones y de qué manera

(1) Respecto de las libertades galicanas en tiempo de Carlos VI, véase pág. 564.

pensaba aprovecharse del agradecimiento del Papado. Cuando en 1426 quedó vacante la sede episcopal de París, obligó á los canónigos de Notre-Dame á pedirle autorización para elegir un nuevo obispo, bajo pena de una multa de dos mil marcos de plata, y presentó un candidato oficial. Los canónigos dieron sus sufragios á otro, pero el elegido, ante las amenazas del regente, no se atrevió á tomar posesión de su dignidad, y el cabildo hubo de instalar muy pronto al candidato de los ingleses, nombrado por bula pontificia. Ya en 1423 un concilio de la provincia de Reims, celebrado en Noyón, se quejaba de los prelados indolentes y simoníacos á quienes el gobierno confiaba los obispados, acusándoles de ser instrumentos del regente para la destrucción de las libertades eclesiásticas.

Finalmente, el duque de Bedford obtuvo del papa Martín V una bula en la que se excitaba al clero de Francia á que pagara los subsidios que le pidiera Enrique VI en casos de necesidad. Los diezmos sucedieron á los diezmos, y sólo en el año 1428 el regente pidió dos. Los jueces apostólicos escogidos por la Santa Sede para entender de las cuestiones contenciosas á que tan enormes imposiciones daban lugar, eran los más leales auxiliares de la política inglesa: el obispo de Beauvais, Pedro Cauchón, el obispo de Therouanne, Luis de Luxemburgo, canciller de Enrique VI, y el arzobispo de Sens, que debía su sede al regente.

El duque de Bedford era, pues, un hombre de Estado y un hombre de guerra; tenía el mejor ejército de su tiempo y había adoptado la política más hábil, cual era conquistar Francia con la ayuda de los franceses y mediante el dinero de éstos, y contar, además de la poderosa alianza del duque de Borgoña, con la del papa; pero la empresa por él acometida ofrecía inmensas dificultades, porque el «reino de Bourges», es decir, la mitad de Francia, estaba por conquistar todavía, y la otra mitad, conquistada desde hacía tan poco tiempo, distaba mucho de mostrarse resignada.

CAPITULO II

EL REY DE BOURGES

I. Los restos de la monarquía de los Valois en 1422.—II. El rey, las revoluciones de palacio y la anarquía.—III. La política del rey de Bourges. Hacienda, ejército, diplomacia.—IV. Progresos de la invasión inglesa, 1422-1428.

I.—Los restos de la monarquía de los Valois en 1422 (1)

El sobrenombre de rey de Bourges revela en tres palabras la debilidad del príncipe y lo poco que le estimaban sus adversarios; pero no debe engañarnos respecto de los verdaderos límites de la dominación de los armagnacs, puesto que en 1422 una mitad de la Francia reconocía como rey á Carlos VII.

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Además de las obras, citadas una vez para siempre, de Beaucourt y de Vallet: Memoria de Longnon, «Revue des Questions historiques», tomo XVIII. Cosneau, *Le cometaire de Richemont*, 1886 (muy útil). Flourac, *Jean I comte de Foix*, 1884. Dognon, *Les Armagnacs et les Bourguignons en Languedoc*, «Annales du Midi», 1889. Huillard-Breholles, *La rançon du duc de Bourbon*, «Mémoires présentés à l'Académie des Inscriptions», tomo VIII. Didier Neuville, *Le Parlement royal à Poitiers*, «Revue historique», tomo VI.

Los ingleses, según hemos visto, ocupaban casi toda la región del Norte, desde el valle del Mosa hasta la bahía de Mont-Saint-Michel, y apenas si en aquellos países había algunas plazas fuertes que aún reconocían la autoridad de Carlos VII; pero en el Loira y al Sur de este río, el rey había conservado ó reconquistado las tierras del patrimonio, real poseyendo la Turena, el Berri y el Poitou, que fueron sus provincias predilectas, el Agenais, el Quercy y el Rouergue. En 1420, un rápido viaje de Carlos al Languedoc había atraído nuevamente á su causa á esta hermosa provincia que le aseguraba las comunicaciones con el Delfinado y con la leal ciudad de Lyon. En todas estas tierras patrimoniales, las «buenas ciudades» eran las que podían prestar al rey eficaz ayuda, y en efecto desempeñarán un papel importante en la liberación nacional.

Excepción hecha del duque de Borgoña, ningún gran



Moned de plata de Martín V

señor francés prestaba un apoyo serio á los ingleses. Juan V, duque de Bretaña, firmó en Amiéns, en 1423, una alianza con el duque de Bedford y el duque de Borgoña, pero en la comarca en donde vivía aún la viuda de Du Guesclin tenía Carlos gran número de partidarios. El mismo Juan V no estaba en modo alguno resuelto á sostener eficazmente á los ingleses: la Bretaña, assolada por las luchas del siglo XIV, había recobrado la tranquilidad y renacía en ella el comercio, y su duque, acostumbrado á proceder casi como un soberano independiente, pensaba sobre todo en asegurarla contra la reproducción de los males de la guerra.

En el Sudoeste, los grandes feudatarios guardaban también una actitud reservada por idénticas razones: el más poderoso de ellos era Juan de Grailly, conde de Foix, vizconde de Bearn, de Marsán, de Gavardán y de Nebouzan. La casa de Foix tenía importantes posesiones en Cataluña y proyectaba ser dueña de las dos vertientes de los Pirineos; codiciaba la Navarra y había de acabar por absorberla. Juan de Grailly no cesó, hasta su muerte, de aumentar sus dominios y de mantener en ellos la paz en medio del general desorden; en 1418-1419 había encontrado modo de hacerse reconocer teniente del rey en Languedoc, primero por el delfín Carlos y luego por el partido anglo-borgoñón, y se había presentado en aquel país como un pacificador con la pretensión de permanecer neutral entre ambos partidos. Enrique V, en los últimos días de su vida, creía poder contarle en el número de sus aliados; pero ya el conde de Foix había reanudado secretamente sus relaciones con el delfín.

En el centro de Francia, desde la jornada de Azincourt, todos los grandes feudos habían perdido á sus jefes: el conde de Nevers había perecido en las batallas y su viuda, que más tarde debía casar con el duque de Borgoña, se había comprometido con este príncipe á